

PRESENTACIÓN DEL LIBRO “EL MISTERIO DE LAS MENINAS”

Participo con placer desde Varsovia en esta presentación de una nueva edición de *Tajemnica*, obra colectiva sobre el “misterio” de las Meninas. El alma de esta empresa, el padre Andrzej Witko, a quien saludo cordialmente, a más de buen amigo y colaborador de la Embajada, es digno de admiración por las muchas facetas que le adornan: hombre de fe y cultura, entusiasta y reflexivo, conjuga la hermosa labor de “ministrare”, del servicio al prójimo, con la contemplación y el estudio de lo “necesario”. Como María la de Betania, y sin descuidar los quehaceres “logísticos” que absorbían a su hermana Marta, “optimam partem elegit, quae – Deo volente- non auferetur ab eo”. Ese es al menos nuestro deseo: que el Padre Witko permanezca en contacto íntimo con el arte sublime, profano y sacro, que se revela como una epifanía de lo inefable merced a los pinceles visionarios de los maestros del Siglo de Oro español cuyas obras inspiran silencios contemplativos y palabras luminosas, arrebatadas o severas, declamadas o musitadas como las letanías lauretanas.

Diego de Silva y Velázquez, pintor de Felipe IV desde 1623, es un caso raro de genio encarnado en una persona en apariencia más preocupada por su carrera palatina que por su arte. Pintaba, según Mengs, “con la sola voluntad”, con la mera retina cual un Mozart excelso, contenido por su flema proverbial, templado por su ritmo cadencioso. En muchos de sus cuadros refulge una emulsión prodigiosa por la que la materia se disuelve hasta transfigurarse y hacerse impalpable, cielo, tierra, caballo y linde.

En las Meninas, Velázquez se nos aparece en medio de la familia de Felipe IV. Mide en la distancia -como un maestro de lidia- la composición de un lienzo que se le oculta al espectador y al que nadie en el cuadro presta atención, salvo acaso el señor de negro en la escalera del fondo identificado por Palomino, primer exégeta de la obra, como el aposentador real José Nieto Velázquez, a quien sucedió el propio Diego de Silva culminando así su *cursus honorum* en la Casa del Rey.

Cada personaje está a lo suyo, como nos ocurre normalmente en nuestra rutina cotidiana, donde suelen predominar la reiteración y la disipación sobre la concentración.

Lucas Jordán calificó Las Meninas de “teología de la pintura”. Es obra misteriosa por su mundanidad, su liviandad, su multiplicidad; por su humanidad. Etérea, frágil e incorruptible, fusiona el instante con la eternidad. Quizás sea el mejor fotograma de la historia, antes y después del cinematógrafo.

Saludo y agradezco a Don Fernando Marías, académico de la Historia, por su participación en esta conversación desde Madrid. Es un privilegio contar con su autoridad.

Se encuentra también en Madrid, desde donde guiará y animará la charla, un enamorado del arte y de Polonia, Santiago Sierra, quien jugó en el equipo de esta Embajada hasta el verano pasado. Contamos con un mensaje grabado de la Embajadora de Polonia en España, la buena amiga Marzenna Adamczyk. No debo ni quiero dejar de saludar con afecto al Director del IC de Cracovia, Fernando Vara de Rey, hombre de letras, de cultura y buen gusto para quien nuestro Siglo de Oro es vivero primordial. Conforman ustedes un estupendo cartel para una tarde de mayo de clarines madrileños y trompetas cracovianas.